

Carlos Préndez Saldías

La juventud actual no lo conoce. Tampoco parece haberse dado cuenta de su nombradía algunos adultos, que se confiesen entendidos en literatura. Quieren desentenderlo un poco de su olvido, ese polvo incansante que ese sobre los barrios mortales de otro tiempo. Poeta y prosista de una época en la cual el romanticismo crecía, como la zarzamora en suelo erosionado, Carlos Préndez Saldías vivió en su propia heredad, desafiando a ese mundo multitudinario que lo miraba transitar cotidianamente por las calles santiaguinas.

Su atuendo llamaba la atención desde lejos, haciendo volver la cabeza de hombres y mujeres curiosos de saber quién era. Más tarde se les haría familiar en sus diarias caminatas: era Carlos Préndez Saldías, alto de porte, figura estilizada, negro chambergo, larga cabellera blanca, guevos con canas, ancha capa oscura española y corbata flotante y alberotada. Con tales vestimentas se reía de media humanidad y aún tenía tiempo para hacerlo con la otra mitad. Muchos poetas jóvenes lo imitaban en el ropaje pero no lo alcanzaban en el gaito y el orgullo con los cuales lo llevaba.

Tenía un genio más o menos difícil, según algunos de sus amigos; pero, cuando se daba a alguien hacia de buena ley. El gran caricaturista y crítico de arte Antonio R. Romera lo evoca en unos cuantos trazos agudos y volanderos: "Lo conocí cuando lucía los restos de la que fue abundante y lírica infancia. Seguía apagado al chambergo bohemio. Pero no usaba ya la capa española. De los anteojos bajaba una cinta negra como una banderola de imperitencia. Soñó mirar a las gentes con algo de propriedad inquisitiva y desde su altura lanzaba a menudo los truenos tartamudeantes de sus muchas disconformidades".

El año 1947, Carlos Préndez Saldías hizo temblar y tronar el ambiente metropolitano con la publicación de su novela "27 mujeres en mi vida", agotando dos ediciones en muy poco tiempo. El libro no pasaba de ser una nostálgica narración amoresca, tenuevemente tocada de malancolía. Su título es el que hacia picar a los buscadores de temas más o menos escabrosos. La crítica no fue generosa y hasta el incautado Alocio Hernández Arrieta quebró lanzas en su contra. Su juicio más acerado los resume en unas escuetas palabras: "Para amores son muchas mujeres, para amorios, pocas".

El autor se sentía feliz y sus diarias aventuras peripatéticas fueron más frecuentes y ostentosas. La calle Ahumada le abría paso a su silueta de varón enamorado, de incierto poseedor de sus secretos más queridos y de sus confidencias más sardaces. Su fama de galán se fue acrecentando caudalosamente, más, un defecto irremediable lo ponía una valla ante sus cortejadas: era tartamudo. Y contra esta fauna de la dicción luchaba tesonera e incansablemen-

te. Sus enemigos más osados recurrian a este burdo argumento para derribar ese techo de luminosidad que rodeaba al inspirado escritor.

Admiraba a la mujer por ser tal y por la hermosura que pudise mostrar. Romántico hasta la médula de los huesos, en su poesía aflora todo el ritmo interior de que es capaz hacer gala un hombre rendido ante las evidencias del amor. Por sus libros corre el rojo puro del canto estremecido de emociones, júbilos y fascinamientos. Por entre muchas hojas de los álbumes de antaño, junto a las violetas y lirios aplastados, aparece su caligrafía donjuanesca dándole perfil a un acróstico o a una copla escrita al azar. La mujer lo llenaba todo en sus poemas, tanto punto que en sus libros, allí donde debe decir "es propiedad del autor", el empecinado seductor de voluntades femeninas colocaba "es propiedad de la mujer amada".

Nuestro poeta publicó numerosos libros, entre los cuales es necesario mencionar "M'sael Rojo", "Palabras de mi corazón", "El alma en los cristales", "Devocionario romántico", "El peregrino del amor", "Cielo extranjero", "Alamos nuevos", "Romances de tierras altas", "Romances de tierra baja" y "Vinetas de los cerros". Como prosista dijo a conocer sus novedades "27 mujeres en mi vida" y "Otras mujeres en mi vida", que retratan su obsesión amatoria.

Carlos Préndez nació en 1892 y murió en 1963, luego de una larga soledad. Sus últimos años fueron oscuros y dolorosos, callados y aburridos. De vez en cuando, llegaban hasta su casa los barones y señoras amiga, que lo consolaban en sus angustias y congojas. Un poeta como lo es Carlos René Correa tipifica el adiós a Carlos Préndez Saldías en un soneto que plante desdramáticamente esos últimos instantes de paz y desconsuelo; he aquí sus versos iniciales:

"Y marchó su vilano con el viento,
dejó su capa sola, abandonada,
solgado su chambergo de la mada,
boreado su adiós y descontento.

Alamo triste dejó su lamento
en la niebla fugaz de madrugada
y enciende con su estrella la alborada
mientras gime la muerte en su apresurado".

Los nuevos rumbos de la literatura desconocen a este escritor que copó una era importante de la actividad cultural nuestra. Y que hizo de su persona una suerte de mito entre la muchedumbre. Carlos Préndez Saldías provocó a la gente de su tiempo con su apostura varonil e hizo de la calle su más favorito escenario para esa gran y eterna comedia que es la vida.

M. M. L.

Carlos Préndez Saldías [artículo] Marino Muñoz Lagos.

AUTORÍA

Muñoz Lagos, Marino, 1925-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos Préndez Saldías [artículo] Marino Muñoz Lagos.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa